

La familia en el camino cuaresmal

*«Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor»
(Sal 39, 5)*

Por ANA MARÍA BALDRICH y RUBÉN GRAVIÉ

El primero de marzo, miércoles de Ceniza, se inicia para los cristianos la Cuaresma, período penitencial de 40 días, en que nos preparamos espiritualmente, para renovándonos, vivir los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo en la Semana Santa. La misma se inicia el Jueves Santo, culminando el período cuaresmal, y en el cual la Iglesia conmemora la Última Cena con sus Apóstoles antes de ser Crucificado el Viernes Santo.

La Cuaresma es un tiempo para intensificar la vida espiritual, una época propicia para la conversión, para renovarse por medio de los sacramentos, para reconocernos pecadores, buscar el perdón de Dios y comenzar de nuevo el camino hacia la Pascua, la victoria de Cristo sobre la muerte.

El período cuaresmal se inicia con la imposición de la ceniza, símbolo que distingue la liturgia del Miércoles de Cenizas, mediante el cual estamos reconociendo nuestra fragilidad y mortalidad, que necesita ser redimida por Dios, en la actitud penitente que todo bautizado está llamado a asumir de manera especial. En estos 40 días, los cristianos, mediante la reflexión y la penitencia nos esforzamos, con la gracia de Dios, en convertirnos abriéndonos de corazón a Dios y a los hermanos, lo que nos permitirá ser mejores discípulos y seguidores de Cristo.

Las tres grandes prácticas cuaresmales que nos ayudan a renovarnos, y a convertirnos en ese hombre nuevo del que habla Pablo constantemente en sus distintas Cartas, están dadas por la oración, la mortificación y la caridad.

La oración es la condición indispensable para ese tan necesario diálogo con Dios. En ella entablamos una plática íntima con Él, y dejamos que su gracia nos penetre, para que nos auxilie en la lucha por vencer nuestras propias debilidades; y nos ayude a superar las dificultades de la vida diaria. En este período es importante que nuestros hijos vean a sus padres rezar y los enseñen a entablar este diálogo confiado con Dios. Al principio, cuando son pequeños, con frases sencillas de agradecimiento y/o petición de manera que se haga habitual en ellos, poner en el lugar central de sus vidas al que es el Dios de la Vida y Rey del Universo.

Otra de las prácticas cuaresmales es la mortificación, algo bien difícil de entender en nuestro mundo tan adicto a la búsqueda del dinero y el placer. Para practicarla no se necesitan grandes sacrificios; diariamente se nos presentan las oportunidades de ofrecerlas a Dios. Y van desde soportar con paciencia desde el pisotón o empujón que nos dieron en la guagua, que con esfuerzo soportamos con paciencia y sin riposta, hasta controlar esa irritación que nos

provocó cualquier acción perturbadora de un compañero en el trabajo, de un familiar en la casa o de un vecino, ofreciéndosela a Dios en reparación de nuestros pecados.

Dentro de la mortificación entra también la práctica del ayuno y la abstinencia. El ayuno consiste en tomar una sola comida fuerte al día, mientras que la abstinencia consiste en no comer carne, práctica que a muchos de nosotros no nos es extraña, ya que durante muchos la hemos practicado, sin que intervenga una decisión libre de nuestra parte al respecto, por las condiciones económico-sociales que padece nuestro país. No obstante, podemos unir estas prácticas bajo el manto de la caridad, que es la virtud cristiana que contiene en sí todas las demás. Podemos realizarla con acciones sencillas como las que el papa Francisco nos ha recomendado, tales como el ayunando de palabras hirientes y transmitir palabras bondadosas; en vez de enojos, llenarse de mansedumbre y paciencia; dejar las preocupaciones y llenarnos de confianza en Dios; ayunar de egoísmos y llenarnos de compasión por los demás, y la falta de perdón llenarla con actitudes de reconciliación.

Respecto a la práctica del ayuno el papa Francisco nos dice:

«El verdadero ayuno es el ayuno que no es solamente externo, una observancia externa, sino el ayuno que viene del corazón. En las tablas de la ley está la ley hacia Dios y la ley hacia el prójimo y las dos van juntas. Están unidos: el amor a Dios y el amor al prójimo son una unidad y si tú quieres hacer penitencia, debes hacerla delante de Dios y también con tu hermano, el prójimo. El camino de Cuaresma es doble, a Dios y al prójimo, es decir, es real, no es meramente formal. No es dejar de comer carne solamente el viernes, hacer algo, y después hacer crecer el egoísmo, la explotación del prójimo, la ignorancia de los pobres...» (Santa Marta, 20/2/2015).

Este llamado del Santo Padre nos invita a renunciar a nuestro egoísmo, y transitar este camino cuaresmal con los ojos bien abiertos, para ver a ese prójimo que necesita de nuestra ayuda, ya sea consuelo, compañía o cualquier ayuda material que podamos brindar...seguir a Jesús asistiendo al prójimo, negándonos a lo que nos pide nuestro hombre viejo y cargando cada uno con su cruz, la que nos llevará a la resurrección del hombre nuevo. Jesucristo, nuestro Señor va delante: lo acompañaremos en el dolor, que nos lleva a los misterios de gloria en el que encontraremos paz, confianza, alegría y vida.

¡Provechosa Cuaresma, familia!